

—Creo que el señor barón es muy inteligente, muy fino y muy...

—¿Y muy qué?

—Y muy truhán.

—No le quiere usted muy bien.

—Me es completamente indiferente, porque nunca me ha hecho mal... Digo lo que siento ingenuamente, puesto que usted me hace la honra de dar cierta importancia á mi opinión.

—Y la princesa, ¿cómo la trata á usted?

—Como á una doncella cualquiera... Esto precisamente es lo que me permite responder á las preguntas que tiene usted la bondad de hacerme y aceptar la suma que ha tenido la atención de ofrecerme.

—Y que entrego á usted inmediatamente... ¡Tome usted esos billetes! Todavía hay algunos más en el cajón de mi mesa.

## LV

Tan luégo como Blanca Burtin dobló cuidadosamente sus billetes de Banco, le dijo sir Gardiner:

—Después de haberse hecho desear algún tiempo, según la frase de usted, ¿el barón de Merieux se presentó en el palacio?

—Sí señor, y no salió de él ya hasta que se marchó con la señora princesa á unos baños de mar.

—¡Ahl... ¿Y han estado allí mucho tiempo?

—Todo el verano... Cuando la señora volvió á París tuve que decirme al poco tiempo: «Esta vez está completamente enamorada... El barón ha hecho muy bien la comedia, y se casará con ella.»

—¿Y viven en buena armonía desde que se han casado?

—Así, así.

—¡Ahl! ¿Se aman menos?

—La señora le ama lo mismo, y quizás más; pero el señor está tibio, muy tibio, y se comprende durante la viudez, y cuando deseaba casarse con ella, ha debido hacer grandes alardes de fuerza y de amabilidad... hoy, que ha conseguido su objeto, es otra cosa, y tiene razón, porque la señora es muy exigente.

—¿Y cómo sabe usted eso?

—¡Oh! Una doncella algo experimentada averigua siempre esas cosas... como no tenemos diversiones que puedan distraernos, nos entretenemos en observar, llegando algunas veces á ver y oír sin querer... Esto nos permite conocer íntimamente la vida de nuestros amos.

—Entonces, quiere decir que, gracias á vuestras observaciones, ha sorprendido usted alguna escena entre el barón y la princesa?

—Sí señor: la señora se lamentaba, diciendo que su marido no era ya el mismo, y el señor barón se esforzaba inútilmente en demostrar que era precisamente lo contrario.



—Y esa frialdad ¿puede provenir de la fatiga y de la saciedad, ó porque el barón tenga algún otro devaneo?

—¡Oh! lo que es eso, no señor... no engaña á su mujer... además, esto no le sería posible, porque ella le tiene demasiado sujeto... él tiene necesidad de ella muchas veces.

—¿Necesidad de ella?

—Sí; necesita todos los días la firma de la señora princesa.

—¡Su firma! ¿Para qué?

—Para vender valores ó inmuebles de París ó de Rusia.

—¡Pues cómo! ¿están en esa situación?... El príncipe Lavinsine pasa por haber dejado á su viuda una fortuna que asciende á cerca de cincuenta millones...

—Que el señor barón está en camino de comerse... Según mis cálculos, y lo que yo tengo oído, ha devorado ya más de diez millones.

—¡Diez millones! ¿En qué?

—No lo sé, señor.

—Pues eso es precisamente lo que era necesario saber—dijo para sí sir Gardiner, interesándose vivamente.

—Y la princesa ¿no se resiste á prestar su firma?—continuó preguntando sir Gardiner.

—¡Oh! ¡sí señor! Pero cuando el barón quiere vencerla es tan elocuente como antes de casarse, y la señora no sabe resistir entonces.

Sir Gardiner reflexionó un momento, con los codos apoyados sobre su bufete y la cabeza entre las manos. Después preguntó á Blanca Burtin:

—Según lo que usted acaba de decirme, la princesa únicamente puede reprochar á su marido el amarle un poco menos y gastar mucho dinero... pero ¿no ha presenciado usted nunca una de esas escenas de celos en que se llega á decir palabras duras, echándose en cara el pasado de una manera violenta?

—No señor... ¿Por qué había de tener lugar entre ellos ninguna escena de celos? Según decía á usted hace un momento, el señor barón no se separa de la señora, y no tiene ninguna distracción fuera de casa.

—¿Le falta gana de tenerla?

—¡Oh! lo que es eso, no; ha corrido demasiado en otro tiempo para querer hacerse ermitaño tan pronto.

—Sí, pero está cansado por su última carrera—dijo entonces sir Gardiner.

—¡Oh! A su edad—replicó Blanca Burtin,—y con la robustez que él aparenta tener, correría todavía un poco si encontrase alguna buena ocasión y alguna cosa nueva, aunque no fuese más que por cambiar. Piense usted también en que una misma mujer durante cerca de dos años es demasiado para él. Pero no puede hacer otra cosa, porque está verdaderamente secuestrado y sale siempre con ella.

—Pues bien; si él no sale, ¿qué haría encontrando en casa esa ocasión?

—Eso sería diferente... pero ¿cómo había de encontrarla?

—Cuando se busca bien... ¿No tiene la princesa ninguna señora ó señorita de compañía?

—No señor. Mi ama detesta la sociedad de las mujeres.



—Otra cosa... ¿no me ha dicho usted que es la primera doncella? esto quiere decir que hay una segunda.

—Sí señor, pero ésta no se acerca nunca á la señora y casi no la conoce... cuida la ropa blanca y los vestidos y no depende más que de mí... en este momento estoy sola, porque se ha ido la que estaba.

—¿No tiene usted poderes para reemplazarla?

—Sí, estoy buscando una.

—No busque usted... yo tengo lo que necesita... dentro de muy poco le enviaré una de confianza.

—Será muy hermosa —dijo sonriendo Blanca Burtin.

—Muy hermosa. Veo que me ha comprendido perfectamente... si á la inteligencia que usted me ha demostrado una discreción absoluta, yo le prometo que tiene asegurada su fortuna antes de un mes... Ahora, puede retirarse: llamaré á usted cuando la necesite.

## LVI

A pesar del amor que sir Gardiner sentía por Juana Bérard, había acogido lleno de desconfianza las sospechas de esta última y se había entregado sin entusiasmo á tomar informes de la princesa Lavisine y

del barón de Merieux. Sin embargo, después de la conversación que tuvo con Blanca Burtin, empezó á sospechar también, basándose, no en presentimientos, sino en sospechas y hechos que tomaban forma y cuerpo.

Había dos puntos que le habían llamado la atención: el barón de Merieux era innegablemente el amante de la princesa Lavisine antes de la muerte del príncipe, y aquella muerte inesperada, y efecto de un accidente, había venido muy á tiempo para proporcionar un gran casamiento á un hombre arruinado y agobiado por las deudas. ¿No había con esto motivo suficiente para preguntarse si el barón, cuya moralidad era dudosa, habría provocado más ó menos directamente aquella catástrofe?

Otro punto había que, según sir Gardiner, era mucho más digno de estudio. ¿Adónde iban y en qué se empleaban los millones de la princesa que devoraba Merieux, según Blanca Burtin afirmaba, y que seguramente había dicho verdad? Suponiendo que el barón tuviese deudas, ¿era muy admisible que llegasen éstas á la respetable suma de diez millones, y sobre todo, que se hubiera dado tanta prisa en pagarlas? ¿No era más razonable suponer que lo que pagaba era más bien alguna misteriosa complicidad?

Decidido á resolver lo más pronto posible todas estas cuestiones, que para él tenían tanto interés, sir Gardiner puso inmediatamente en ejecución su proyecto, cuyo inmediato resultado había de tener por objeto el desenlace de la historia que fielmente nar-  
ramos.



En el momento en que salió Blanca Burtin, sir Gardiner se fué á casa de Léa, que vivía en la calle de Mosnier, aquella Léa de cabellos rojos y boca irresistible que en otro tiempo no tuvo buen éxito con el magistrado que debió seducir, porque, demasiado ardiente y fácil por costumbre, en lugar de retrasar su caída hasta el día siguiente á la casación de la sentencia, cayó la víspera en brazos del magistrado ponente. Pero, aunque probablemente ella no volvería á tener esta inadvertencia, en este segundo caso no sería falta lo que lo fué en aquél.

En el momento de presentarse sir Gardiner en casa de Léa, ésta le recibió con las mismas palabras de otro tiempo:

—¡Cómol ¡Eres tú, querido mío! hace un siglo que no te he visto... ¿Qué has hecho en todo este tiempo?

—He viajado.

—Es verdad... tú viajas siempre recorriendo todo el mundo; te pareces al Judío Errante. Pero tú tienes algo más que él en el bolsillo.

—Afortunadamente para mí—dijo sir Gardiner,— y para usted.

—¿Y para mí también? ¿Acaso me traes de tus viajes algún recuerdo?

—Quizás.

—¿Quién me lo trae, el amigo?

—Efectivamente, así es.

—¡Oh! Aunque yo no quisiera que fuese así, sería igual... me acuerdo de los últimos jaques que te di, y que permaneciste frío como la nieve... ¿Te dura eso todavía?

—Ahora estoy helado completamente, porque vengo del Polo Norte.

—Pero aquí estamos debajo de los Trópicos y puedes muy bien fundirte.

—No, no lo esperes.

—Entonces, ¿será que ya no estoy hermosa?

—Al contrario, lo está usted más que nunca... ha mejorado usted mucho.

—¡Oh! no tanto—dijo sonriendo; después añadió:—Para que me admires de esa manera y me desprecies al mismo tiempo, es menester que estés enamorado.

—Había suplicado á usted que no me hablase nunca de semejante cosa.

—Es verdad... dispénsame.

Ella fué á sentarse enfrente de él, y tratando de tomar un aire serio, dijo:

—¿Qué es lo que me proporciona la honra de su visita, caballero?

—Vengo á pedir á usted un servicio.

—Lo dudo mucho... ¿Un servicio del mismo género que el otro?

—Se asemeja un poco.

—¡Pero si no tuve buen éxito en el primero!

—Hoy le tendrá usted: se trata de cosa mucho más fácil.

—Me alegro mucho, porque tus reconvenções me fueron muy sensibles.

—Pero confiese usted que yo me porté de la misma manera que si hubiese usted merecido elogios solamente.



- Lo confieso... Eres encantador.  
 —Esta vez se felicitará usted anticipadamente por haberme prestado un servicio.  
 —No hablemos de cuestiones enojosas, y dime en seguida de qué se trata.  
 —¿Estamos completamente solos?  
 —Solos completamente.  
 —¿No hay nadie en la habitación inmediata?  
 —Nadie... ¡Qué desconfiado eres! ¿Tan grave es la cosa?  
 —Puede que llegue á serlo, aunque no para usted... En este asunto he reservado á usted el papel alegre...  
 —Me gusta más eso.

## LVII

- En primer lugar—dijo sir Gardiner, sentado enfrente de Léa,—le suplico que me responda á esta pregunta: ¿Conoce usted al barón Carlos de Merieux?  
 —¿El barón Carlos de Merieux?...—preguntó ella, rebuscando entre sus numerosos recuerdos.—Sí, creo haberle oído nombrar... Pero nada más que eso.  
 —¿Está usted segura de que eso es todo?

- ¡Segura!... Eso es mucho exigir... Para estar completamente segura, es necesario á lo menos ver al barón, y ni aun eso es bastante, porque, como ha conocido uno tanta gente, á lo mejor se confunde... ¿A qué se dedica ese señor Merieux?  
 —A comer millones.  
 —Pues que me convide á almorzar.  
 —A almorzar, es mucho; pero quizá le invite á usted á tomar un *lunch*.  
 —Si en el *lunch* hay millones, acepto en seguida. ¿Entonces, será muy rico?  
 —Su mujer es la que es rica... Está casado con la princesa rusa Sofía Lavisine.  
 —¡Me hubieras dicho eso desde el principio!—exclamó Léa,—y habría comprendido en seguida lo que querías decirme... El barón de Merieux... un joven guapo y elegante, que es muy amable con las mujeres... Antes de su matrimonio, que lo descompuso todo, estuvieron á punto de presentármelo.  
 —Entonces, ¿la conoce á usted?  
 —No; yo era quien le conocía, pero solamente de vista... ahora estoy completamente segura... dime, ¿es acaso con él con quien tengo que llenar la misión que me confiaste para con el magistrado?  
 —Sí.  
 —Acepto... esto será más entretenido... el magistrado aquél no me llamaba la atención, y el barón, en cambio... Pero estoy pensando una cosa... ¿será necesario resistir, lo mismo que al otro?  
 —¡Oh! ¡lo mismo que al otro!  
 —Es verdad... ya me acuerdo... me resistí poco



tiempo: sin embargo, lo hice durante un mes... esto sería demasiado para el barón de Merieux.

—Esté usted tranquila... con algunos días es bastante... el tiempo necesario para que la conozca á usted y la desee.

—Está dicho... ¿en dónde se le ve?

—En su casa.

—¡Cómo en su casa! ¡Pues si está casado!

—No es inconveniente.

—¿Me recibirá á pesar de esto?

—No, pero la verá á usted.

—No lo entiendo... ¿cómo va á poder verme en su casa si no me recibe?

—Ahora lo comprenderá usted todo... vamos á otra pregunta: ¿Le gusta á usted hacer alguna comedia?

—Me vuelvo loca por ellas... Si no estoy en el teatro es porque esto me salía muy caro, puesto que tenía que perder todas las tardes en los ensayos.

—¿Ha tenido usted alguna vez el papel de doncella?

—Siempre he representado ése.

—Pues bien, ¿qué diría usted si yo le diese ese mismo papel en mi comedia?

—Estaría gracioso... ¿Habrá buenas utilidades?

—Magníficas... Cien luisas diarios.

—¡Cien luisas diarios! ¡á mí, que no he ganado más que cien francos mensuales!... bien es verdad que siempre resultaba con ciento cincuenta de multa por llegar tarde.

—Lo que le ofrezco á usted es algo mejor.

—No cabe duda... ¿me darán también de comer?

—De comer y ropa limpia...

—¿Y de vestir?

—Naturalmente.

—¿Pero me van á sentar á la mesa con las verdaderas doncellas?... Esto sería algo enojoso, aun con los cien luisas diarios.

—No; yo haré de modo que la sirvan á usted aparte.

—Entonces, está muy bien... ¿Qual será mi obligación? ¿Vestir á la señora?

—No; usted no la verá nunca... verá únicamente á su marido.

—¿Al barón de Merieux?... está bien... ¡Me encomiendas la misión de ir á seducirle en el domicilio conyugal!... Eso es muy delicado... ¿Y cuál es tu objeto en esto? ¿Puedo hacerte esta pregunta?

—Sí... ha sabido usted ser discreta en el otro asunto, y estoy seguro de que en éste lo será usted mucho más, mi querida Léa, puesto que no se trata únicamente de cien luisas diarios, sino de una renta que tendré el placer de asegurar á usted.

—¡Una renta! ¿Me va á ser posible poner en mis targetas: «Léa, propietaria de papel del Estado, calle Mosnier.»

—También podrá usted comprar con el capital de esa renta una casa, y ser propietaria.

—¡Propietaria! ¡Mi sueño! Dígame pronto, ¿de qué se trata?

—¿De que se trata? Reúna usted sus recuerdos y lo encontrará.

—¿Qué recuerdos?



—Este nombre y este título de la princesa Lavisine ¿no le dicen á usted nada?

—Nada.

—Lo extraño mucho.

—Lo aseguro.

—Busque usted bien.

—Busco... Espere usted... El marido de esa princesa fué asesinado hace dos años.

—Se acerca usted.

—Eso es, eso es... El asesino ha sido condenado á trabajos forzados por toda la vida... Usted se interesó por él y quiso salvarle, encargándome la misión de conducir al magistrado ponente.

—Habéis comprendido.

—¿De modo que ésta es la continuación del mismo asunto?

—Perfectamente.

### LVIII

Léa reflexionó un momento, haciendo esfuerzos para reunir sus recuerdos, y acercándose á sir Gardiner, dijo:

—Vamos á ver: un hombre ha sido condenado, y se le cree asesino del príncipe Lavisine... Ya me voy

acordando... Tú creías en su inocencia, y me encargaste de una misión que confieso cumplí muy mal... Después no he vuelto á verte... ¿Qué ha sucedido?

—Lo que debía suceder... El condenado ha ido á presidio.

—¿Y está allí todavía?

—Sin duda.

—¿Tú persistes en querer salvarle?

—Persisto en querer probar su inocencia.

—Y me escoges para ayudarte á presentar las pruebas: está bien; pero me parece que yo podría serte mucho más útil si supiese de una manera segura adónde voy, qué es lo que debo hacer, y cuál el objeto que me propongo... Además, ¿por qué me envías á la misma casa en que se ha cometido el crimen?

—Una mujer tan inteligente como usted debiera haberlo comprendido ya... Usted podrá tomar notas sobre el terreno, averiguar algún detalle que se haya podido escapar á la justicia.

—¿Te figuras que al cabo de dos años?...

—Precisamente... en la época del crimen, y cuando empezó á instruirse el proceso, tomaban toda clase de precauciones, y nadie se atrevía á hablar... Hoy no existe ya ningún temor, y es consiguiente que no se tendrá la misma reserva, y puede escaparse alguna palabra.

—¿Respecto de quién? ¿De los criados? En la mesa es donde éstos suelen hablar más, y hace muy poco que acabas de decirme que yo no comeré con ellos.

—No se trata de los criados—dijo sir Gardiner.



Léa le miró sonriendo.

—Sí, es verdad, está el ama... Pero también me has dicho que no tendré con ella ningún punto de contacto... ¿Cómo se explica esto?

—Porque, si ella la viese á usted, se apresuraría á echarla á la calle... Una mujer que está enamorada de su marido, y éste tiene fama de haber amado mucho y con felicidad, sin reparar en clases sociales, sería absurdo que conservase á su lado una mujer tan hermosa como usted, y la princesa es incapaz de este absurdo.

—Está muy bien... Evitaré que me vea... No sé de qué manera... Pero tú, sin duda, lo habrás ya preparado, ¿no es verdad?

—Evidentemente... Usted encontrará allí una aliada, que es Blanca Burtin, primera doncella.

—¡Cómo!—exclamó Léa,—¿no voy á ser más que segunda doncella, y voy á estar dependiendo de otra criada, en lugar de tener por ama á la princesa? ¡Ah, lo que es esto tiene mucha gracia!

Se echó á reír con todas sus fuerzas y de la manera más coqueta posible, para ver si podía despertar en sir Gardiner sus antiguos recuerdos. Pero cuando vió que su táctica no producía ningún efecto, se detuvo pensando en el título de renta.

—¿Es decir—continuó Léa,—que no he de tener ningún punto de contacto con la princesa Lavisine, y que solamente existirán relaciones agradables con su marido?

—Eso es precisamente.

—Me parece bien... pero no veo todavía lo que sue-

des ir ganando en esto. ¿Qué noticias puedo yo tener respecto del asesinato del príncipe, estando en contacto con el barón únicamente? ¿Qué puede decirme éste?

—Hasta ahora no se sabe—dijo sir Gardiner.

—¡Ah! ¿usted cree que?...

—Yo no creo nada, busco solamente.

Léa reflexionó un poco y continuó diciendo:

—Supongamos que quiera decir algo: ¿es razonable suponer que haga confidencias á una desconocida, y además doncella de labor, aunque ésta le inspire un vivo interés?

—¿Me tiene usted por imbécil?—preguntó sir Gardiner.

—Hasta el presente te he tenido por todo lo contrario.

—Entonces, no suponga usted en mí ideas ridículas... sé perfectamente que el barón de Merieux no la tomará á usted por confidente, pero...

—¿Pero qué? No veo nada.

—Va usted á verlo... Cuando haya usted conseguido con sus coqueterías lo que nos proponemos... le dará usted una cita.

—¿Aquí, en mi casa?

—No, en la suya, en el hotel, sin que tenga usted necesidad de incomodarse.

—¡En el domicilio conyugal!... ¡Eso es peligroso!... Puede sorprendernos la princesa.

—Eso es precisamente lo que vamos buscando.

—¡Oh!

—¿Tiene usted miedo?

—¡De ninguna manera! Me he encontrado ya en cir-



cunstancias parecidas y he salido de ellas sin proceso y sin vitriolo... Un día me dijo una mujer casada: «Señorita, doy á usted las gracias por haberse encargado de mi marido: suplico á usted que le guarde todo el tiempo que le sea posible.»

—La princesa Lavisine no le dirá á usted eso... es mucho más seguro que habrá una terrible escena de celos entre ella y el barón.

—¿Y qué?

—Que de esta escena—dijo sir Gardiner levantándose—aparecerá la verdad que hace tiempo estoy buscando.

## LIX

Léa permaneció en silencio durante algunos segundos, reflexionando sobre las últimas palabras de sir Gardiner. Levantó la cabeza y dijo:

—Sí, la idea es buena... todo puede esperarse de los celos de una mujer, y mucho más si es princesa. Pero, entonces, no es el papel de una doncella coqueta y seductora el que voy á representar... estoy pura y simplemente encargada de perseguir un asunto criminal y ocupar el puesto de un agente de policía.

—No; usted no va á hacer el papel de espía... us-

ted lo que va á hacer únicamente es provocar una escena que otros escucharán y después referirán.

—Es verdad... tú has dicho la palabra... provooco... soy un agente provocador.

—Y sobre todo, usted se convierte en propietaria, que significa ya algo, prescindiendo de que, después de todo, usted realiza una buena acción.

—¿Es verdad?

—Sin duda alguna... Según mi íntima convicción, la justicia ha condenado un inocente... nosotros, en otro tiempo, hemos ensayado juntos el salvarle, sin poderlo conseguir... hoy hacemos un nuevo esfuerzo... ¿no sentirá usted una gran satisfacción si triunfamos?

—¡Ya lo creo!... así podré rescatar alguna de las faltas que he cometido.

—Entonces, no hay más que hablar.

—Espera un poco... déjame contar.

Léa se puso á contar por los dedos.

—Cien luises por día como gajes... títulos de la renta... del tres por ciento, ¿no es verdad?

—Serán del tres por ciento.

—Bueno... no pregunto á cuánto ascenderá la renta, porque estoy segura que saldré ganando dejándolo á tu voluntad... es decir, gajes magníficos, títulos de la renta, un buen mozo á quien seducir y una buena acción que realizar... Acepto.

Léa presentó su mano á sir Gardiner.

Éste le estrechó la punta de los dedos por cortesía, y le dijo:

—¿Cuándo piensa usted entrar en sus nuevas funciones?



—¿Es decir, que cuándo ocuparé mi puesto de segunda doncella? Lo más pronto posible, porque tengo cita hoy, mañana y pasado.

—Déjelas usted.

—Eso es lo mejor que puedo hacer, porque una cita trae otras, y así no se concluye nunca... está bien; pasaré á mis amigos y conocidos una circular en que les diga me he visto obligada á marcharme de París porque se me ha puesto una tía enferma de gravedad... aunque esto no es nuevo, siempre da buen resultado... Esta misma tarde pasaré la circular y podré presentarme mañana mismo... ¿en dónde?

—En el antiguo hotel Lavisine, parque de Monceau.

—¡Magnífico inmueble!... le conozco... me presentaré sin hacer ruido, lo más discretamente que me sea posible.

—Eso es: Blanca Burtin la espera á usted: se apresurará á conducirla inmediatamente al cuarto que la tiene reservado.

—A mi celda... desde mañana soy reclusa... ¿En qué tendré que ocuparme?

—En nada... en pensar en el dueño de la casa y hacer de modo que él piense en usted.

—¡Oh! No tardará mucho en suceder eso... A propósito, ¿qué traje debo usar?

—Uno acondicionado para una segunda doncella... un traje sencillo.

—¿Tan sencillo como éste?

—Sí, es necesario... ¡supongo que no querrá usted rivalizar en elegancia con la princesa!

—No; pero ¿y si estoy fea?

—Usted no puede estarlo, amiga mía.

—Ten cuidado, que empiezas á decirme galante-rías.

—Para que se convenza usted... la sencillez del traje, lejos de perjudicarla, servirá para que el barón, que debe estar harto del lujo de su mujer, ame el contraste.

—¡Ah! ¡verdaderamente eres parisién, aunque has nacido americano!

—Todo queda arreglado... me marchó.

—¿Cuándo volveré á verte? Dentro de otros dos años.

—No, en el momento en que tenga usted algo que decirme.

—¿Y podré abandonar mi celda antes de cumplir el tiempo que he de estar allí?

—Sin duda alguna, si es para ponerme al corriente de lo que ocurra y para recibir nuevas instrucciones si fuese necesario.

Sir Gardiner se despidió de Léa y se fué á su casa para escribir á la señorita Bérard, diciéndole que el asunto marchaba en buen camino y que abrigaba alguna esperanza, sin entrar en más detalles. Aquella mujer que él amaba, aun de lejos, no debía, á su juicio, mezclarse en la trama que estaba urdiendo, ni conocer los medios de que se estaba valiendo, que estaban en cierto modo justificados, dada la importancia del objeto que se proponía. Pero quería guardar para sí toda la responsabilidad y ahorrar á Juana el más pequeño remordimiento.



Ocho días habían transcurrido, cuando una mañana recibió la visita de Léa.

## LX

Ésta entró en el gabinete de sir Gardiner mirando por todas partes, hasta que se convenció de que nadie les escuchaba, y dijo:

—Ya está hecho.

—¿Ha triunfado usted ya?

—¡Pues no faltaba más!... eso era visto.

—¿Y en qué ha triunfado usted?

—En inspirarle un capricho más violento aún que el mismo amor; uno de esos caprichos que asemejan una tempestad que estalla fulminando rayos y pasa en un momento.

—¡Qué bien lo dice usted!

—He recibido alguna instrucción y la manifiesto algunas veces.

—¿No será usted muy desgraciada en su nueva posición?

—No, y doy gracias por ello... el barón de Merieux es encantador, aunque ya está algo cansado; pero su mirada es todavía ardiente, y sus labios seductores.

—¿De qué manera ha hecho usted conocimiento con él?—preguntó Gardiner.

—¡Oh! de la manera más sencilla... es necesario referirlo desde el principio.

—Si no le molesta á usted...

—Llego al hotel Lavisine, con este traje... ¿cómo le encuentra usted?

—Muy bien. A pesar de su sencillez, hace resaltar admirablemente el talle, el busto y las caderas.

—¿No es verdad? Me distraigo mucho allí dentro... llego, pues, y pregunto por Blanca Burtin, que se presenta con toda su fealdad y me hace descubrir la cara, me inspecciona de una mirada y parece como que está diciendo en su interior: «Está muy bien: esto es lo que hace falta, y sir Gardiner ha estado muy acertado.» Me indica que la siga, y después de atravesar un patio completamente desierto, subimos por una escalera de servicio sin que nadie nos vea... el momento se ha escogido con gran oportunidad, porque todo el mundo está comiendo... Blanca abre una puerta y me introduce en el cuarto de la ropa blanca, diciéndome: «Aquí estará usted durante el día, y por la noche se acostará usted en ese gabinete que está situado junto al mío.» Después me hizo varias preguntas á que no respondí, porque lo juzgué inútil, y concertamos un plan para el día siguiente.

—Veamos, pues, al día siguiente—dijo sir Gardiner.

—Por la mañana temprano vino Blanca á decirme: «La princesa está en la sala de baño, y permanecerá en ella dos horas... tenemos tiempo de andar por el



hotel sin que ella nos vea... sígame usted y me ayudará á arreglar el tocador, por donde seguramente pasará el señor barón...» Obedezco, y entramos en el tocador... el barón de Merieux entra á poco rato buscando á su mujer y se encuentra conmigo... se para sorprendido, y me mira con una de esas miradas que hablan... y se marcha.

—¿Pero no tarda en volver?

—Has acertado... Blanca Burtin, que no dudó un momento de que volvería, se había ido por discreción al cuarto de dormir... El barón se me acercó preguntándome:—¿Está usted al servicio de mi mujer, señorita? —Sí señor, desde ayer—contesté con voz tímida y bajando la vista de esta manera... —¿Ha sido la princesa la que ha tomado á usted? —No señor; ha sido la señorita Burtin, que tenía necesidad de una ayudanta... no soy más que segunda doncella... —Es usted muy bonita para ser segunda doncella. —¡Oh, señor! no me diga usted eso, me da miedo. —¿Por qué? —Porque, desde hace un mes que estoy en París, no he podido colocarme en una buena casa... los amos no me ponían mala cara, al contrario... pero las amas me decían después de haberme visto: «No, no me conviene usted; es usted demasiado bonita.» Y sin embargo, no es culpa mía si soy regular, y me parece que no es ésta una razón para que se me impida el ganarme la vida.

Léa se detuvo mirando á sir Gardiner.

—¿Qué te parece este diálogo?—preguntó.

—Muy bueno... ¿qué resultado produjo?

—Uno muy inmediato... El barón me dijo bajando

la voz: «Sería para mí muy sensible el ver que perdía usted su posición; y puesto que usted tiene miedo de las mujeres casadas, es menester que éstas no la vean á usted. Esto es muy fácil en este hotel, que es tan grande.»

—No lo dudo.

—En el mismo día, á la hora en que recibe su mujer, ha entrado, como por casualidad, en el cuarto de costura, y ha vuelto á la mañana siguiente, y al medio día, siempre por casualidad. La primera vez, se contentó con hablarme, diciéndome algunas galanterías... después, me ha cogido la cintura y ha querido abrazarme... por espacio de dos días he resistido; pero al tercero me he dejado dar algunos besos, bien inocentes por cierto... desde ayer han perdido ya algo de su inocencia. Así es que el barón me ha suplicado que le dé una cita fuera del cuarto de la costura, en que es muy fácil que entre cualquiera... Ya le he llevado al punto en que tú querías colocarle: ¿qué es necesario hacer ahora, amo mío?

—Es menester—dijo sir Gardiner sonriendo—volverse en seguida al hotel Lavisine y decirle á Blanca Burtin que venga á verme hoy mismo, y esperar.

—¿Esperar para dar la cita?

—Sí.

—Esperaré... No será mucho tiempo, ¿verdad?... Ya sabes que no soy de mármol... ingrato.



## LXI

Blanca Burtin no se hizo esperar mucho tiempo.

—¿Usted está al corriente—dijo sir Gardiner cuando estuvo solo con ella—de lo que ha ocurrido entre el barón de Merieux y la persona que le he enviado?

—La señorita Léa... Me ha dicho su nombre... Sí señor, estoy enterada.

—¿Cree usted que su amo, que es un verdadero parisién, la haya podido tomar seriamente por una doncella de labor?

—¿Y por qué no, señor?... Es muy fácil que en otra época lo haya sido efectivamente, como muchas otras señoras de su género... Solo que, como ella es bonita y se conoce que no ha tenido muchos escrúpulos, ha llegado á ser otra cosa, mientras que yo...

Blanca suspiró, apresurándose á añadir:

—Por lo demás, ella ha vuelto á su antiguo empleo ó hecho su nuevo papel con mucha naturalidad, y ha conseguido que el señor barón llegue á interesarse.

—¿Cree usted que lo esté realmente?

—Creo que, á lo menos, ha perdido un poco el seso.

—¿Por una segunda doncella?

—Precisamente por esto... Porque es muy diferente de las princesas... Además, es necesario añadir que la señorita Léa ha llegado en muy buena ocasión.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Que el señor barón está algo deseoso.

—¡Deseoso! ¿Y es su mujer quien le ha puesto así?

—No, al contrario; él es quien pone así á la señora, lo cual viene á ser lo mismo bajo el punto de vista de la abstinencia.

—¿Y á qué obedecen tales privaciones?

—Sin duda para dominarla y conseguir lo que se propone.

—¿Qué es lo que se propone?

—Obtener los millones que, según parece, necesita hoy más que nunca.

—¡Todavía más!

—¡Ya lo creo!... Hace tres días sorprendí entre los dos una escena mucho más viva que ninguna, en la que la señora le decía: «No, esta vez no firmaré, no firmaré;» á lo cual respondía el barón: «No hacéis bien... Esto es muy grave, mucho más grave de lo que os podéis imaginar.»

—¡Ah!... ¿Y qué más?

—Después no pude seguir escuchando... Pero casi es seguro que no ha firmado la señora, porque desde aquel día el señor barón pasa todas las noches en sus habitaciones.

Sir Gardiner se levantó, dando una vuelta por el salón, parándose junto á Blanca Burtin.



—Tiene usted razón; el momento ha sido muy oportuno... Debemos obrar inmediatamente.

—El señor quiere decir, sin duda, que la señorita Léa debe conceder la cita que le han pedido.

—Sí, mañana mismo, antes de que la princesa haga las paces con su marido.

—Ése es también mi parecer.

—Entonces, lo único que queda por hacer es el fijar la hora y el sitio. ¿Qué dice usted de esto? En primer lugar, la hora.

—A las cuatro de la tarde... Esta es la hora en que sale la señora sola hace ya algunos días... El señor barón la verá salir sin que desconfie de nada.

—Pero si la princesa sale, ¿cómo va á sorprender la cita? No se acuerda usted de lo que hemos convenido?

—Sin duda alguna... Pero, después de que la princesa salga descaradamente, volverá de una manera furtiva... Yo me encargo de la cuestión de detalles.

—Bueno. ¿En qué sitio?

—En el gabinete de trabajo del señor barón, que está situado en el piso bajo, y que fué donde mataron al príncipe.

—¡Ahl! ¿Su sucesor no ha respetado ni aun este sitio?

—Si no ha respetado la memoria del príncipe, ni á su mujer, ni á sus millones, ¿por qué había de respetar ese gabinete?

—Tiene usted razón. Pero ¿de qué manera va á acudir Léa á esa cita? ¿Sin ocultarse, entrando por la puerta que entra todo el mundo?

—No; esto no estaría en carácter tratándose de una mujer inocente, y el barón pudiera sospechar algo. Entrará, sin que la vea nadie, por la puerta que comunica con un saloncito que hay junto al gabinete... yo tendré cuidado de darle mañana la orden de que vaya á coser en este cuarto una cortina que está un poco rota...

—Está muy bien. ¿En dónde se colocará la princesa para presenciar la entrevista?

—En un cuartito oscuro que comunica con el gabinete por una puerta vidriera que está cubierta con un gran tapiz... quitaré un pedazo de cristal y haré un agujero en el portier, y así podrá la princesa desde este sitio ver y oír lo que no hubiera querido nunca oír y ver.

—¿Y no le ocurrirá al barón la idea de entrar en este cuarto?

—Casi no tiene noticias de que existe, y yo soy precisamente la que guarda las llaves de ambas puertas: la que dá al gabinete y de la otra que dá salida á un corredor.

—Todo eso me parece que está muy bien arreglado—dijo sir Gardiner;—pero hay un punto que no está resuelto, y que es el más esencial. La princesa verá y oirá; pero ¿quién va á presenciar la escena que necesariamente ha de tener con su marido? ¿Quién me repetirá las palabras que se digan mutuamente?

—¡Pues yo, señor, yo!... cuando la princesa haya salido de su escondite, me coloco en el mismo sitio y hago con ella lo que ella acaba de hacer con los otros.

—Una palabra todavía... ¿Se queda usted encar-



gada de prepararlo todo y de decir á la princesa que su marido la engaña?

—Sí señor... se lo diré... en beneficio de ella misma.

—Y en el de usted—añadió sir Gardiner,— porque su fortuna, que se está realizando en este momento, aumenta todos los días.

—Doy las gracias al señor y confío en él, lo mismo que él puede confiar en mí.

## LXII

Al día siguiente, á las nueve de la mañana, sonó el timbre que ponía en comunicación las habitaciones de la princesa Lavinie con los cuartos en que generalmente estaban sus doncellas.

—Buena señal—dijo Blanca Burtin á Léa, que, tomando en serio su nuevo oficio, estaba colocando ropa blanca en un armario.

—¿Por qué buena señal?—preguntó esta última.

—¿No lo comprende usted?... Si la señora se levanta á las nueve, es porque está agitada, nerviosa y no puede estar ya en la cama. Está furiosa contra el señor barón, que, por lo que se ve, sigue teniéndola en abstinencia y ha pasado la noche en su cuarto... ella

no está acostumbrada á esta soledad y está rabiosa... óigala usted.

En efecto, el timbre eléctrico no se detenía un momento.

—Vaya usted—dijo Léa.—Si viniese aquí á buscar á usted, tendría que verme.

—¿Acaso puede salir de la cama sin mi ayuda? Esto no ha sucedido nunca, porque siempre ha estado acostumbrada á que la hagan todo... pero ya ha llegado el mal tiempo.

—¿Está usted decidida á hablar hoy mismo?

—Ahora mismo, cuando esté en el baño. Si le da la idea de arrojarse á mí en su primer movimiento de cólera, no le será posible... la conozco; tiene accesos terribles: es una verdadera rusa con sangre salvaje en las venas... Hasta luégo. No se olvide consentir en la cita del barón.

—Esté usted tranquila... Si yo me olvidase de dársela, él no se olvidaría de pedirla.

Blanca Burtin se dirigió tranquilamente hacia el cuarto de la princesa Sofia, alegrándose interiormente del papel que iba á representar. Aquella mujer, que era fea y estaba ávida de amor, odiaba con toda su alma á aquella otra mujer que también era fea y, sin embargo, había experimentado la inmensa alegría de creerse amada. En lugar de decirse interiormente: «Si no es hermosa, tiene un encanto ó una condición que yo no tengo... Tiene buenas formas, y yo soy mal hecha,» ella pensaba precisamente lo contrario, haciéndose este razonamiento: «Su felicidad la debe á sus millones... Yo también habría sido amada si hubiera



sido rica.» La odiaba por su fortuna, envidiándola con esa envidia tan general en nuestra época, en que todos los pobres quieren ser ricos y amos todos los criados. La odiaba también porque la princesa la había tenido siempre á larga distancia, sin hablarla ni tener con ella ninguna confianza, y sin comprender que la estaba sirviendo una joven de gran inteligencia. Sí, precisamente porque ella no había sido amada nunca y porque se daba cuenta de su fealdad, era por lo que Blanca Burtin se hubiera mostrado agradecida si hubiese tenido la suerte de recibir una prueba de simpatía ó un elogio dirigido á su talento. Pero había esperado inútilmente una atención ó una frase cariñosa.

Apenas había entrado en el cuarto de la princesa, ésta le dijo duramente:

—¿En dónde estaba usted? Hace más de una hora que estoy llamando, sin que venga.

—Pido mil perdones á la señora princesa—dijo Blanca con voz sumisa;—pero estaba preparando el baño y no podía oír el timbre.

—¿Está preparado el baño?

—Sí señora.

—Voy á tomarle en seguida... Ayúdeme usted á levantarme.

—No será el baño el que le calme los nervios—decía entre sí la doncella, mientras ayudaba á su ama á ponerse un gran peinador de cachemir, guarnecido de encajes, que la cubría los pies.

Para ir al cuarto del baño debía la princesa pasar por el cuarto de dormir de su marido, cuya puerta es-

taba entreabierta, y que ella empujó suavemente, sin hacer ruido. El barón de Merieux estaba despierto, leyendo tranquilamente en la cama. La princesa estuvo á punto de entrarse en aquel cuarto; pero su amor propio y su orgullo vencieron á su amor y sus deseos, haciéndole proseguir su camino.

—De buena nos hemos librado—dijo para sí Blanca Burtin;—si se hubiesen arreglado, hubiera sido preciso esperar para otra vez y no se hubiera hecho nada hoy.

Un momento después entraba la princesa en su sala de baño, que era de un lujo sorprendente. Las paredes y el techo desaparecían completamente entre aquella multitud de pequeños espejos, según era la moda del pasado siglo. Dos escalones de mármol color de rosa facilitaban la bajada al baño, que era más bien un magnífico estanque. Un ancho diván bastante bajo corría á lo largo de las paredes.

La princesa se dejó quitar el peinador, último velo que la cubría, y bajando los escalones de mármol introdujo sus pies en el agua. Pero en aquel momento, y con voz irritada, dijo á su doncella:

—¡Este baño está helado! ¿En qué está usted pensando hoy? ¿Está usted loca?

Blanca Burtin se precipitó á un caño para abrirle y dar paso al agua caliente, diciendo de una manera agradable:

—Ya creo que puede entrar la señora princesa... la suplico humildemente que me perdone; ¡si ella supiese!

—¿El qué?—preguntó la princesa Sofia, sumergiendo su cuerpo en el agua.



- ¡Ah! es que no sé lo que me hago.  
 —Ya lo veo... ¿Pero qué es lo que tiene usted?  
 —¡Ah! ¡no me atrevo!—contestó Blanca;—temo causar disgusto á la señora.  
 —¡Causarme disgusto!—exclamó.—¿Qué quiere decir eso?... Hable usted, lo mando.

## LXIII

Blanca Burtin, de pie junto al baño en que estaba la princesa, dijo:

—Si la señora me manda terminantemente que hable, me verá obligada á obedecerla... sin embargo, vacilo todavía... porque me estoy preguntando si yo tengo derecho á darla semejante golpe.

—¿Cómo ha dicho usted?—exclamó la princesa, cuyo pecho salía del agua.—¡Un golpe! ¡Vamos, hable usted! ¡Ya sabe que no me gusta esperar! ¿De qué se trata?

—¡Ah! la señora princesa no podrá comprenderme si no me permite antes decirle que siento hacia ella un verdadero cariño y un culto sin límites... todo cuanto la concierne me interesa, y tomo parte en sus alegrías y en sus pesares, y me exaspero cuando la ofenden.

—¿Quién me ha ofendido?

En lugar de responder directamente á esta pregunta, Blanca Burtin continuó, sin precipitarse:

—¿La señora princesa recordará, sin duda, que me tenía autorizada para tomar una segunda doncella que me ayudase?

—Sí; ¿y qué más?

—No tenía á nadie desde hace un mes, y estaba buscando, cuando hará unos diez días se me presentó una joven... Traía muy buenas referencias; yo estaba apurada y creí poder tomarla... Pero al día siguiente pensé despedirla.

—¿Por qué?

—Porque me parecía demasiado bonita para segunda doncella.

—¡Demasiado bonita!... ¿No la habíais mirado la víspera?

—Era por la noche y el cuarto de costura estaba poco alumbrado.

—Pues bien, ¿supongo que la habréis despedido?

—No, señora princesa; el señor barón se opuso á su partida.

—¡Mi marido! ¿Y qué tiene que ver en eso? ¿Conque conoce á mis doncellas, cuando yo ni las he visto? ¿Qué me estáis diciendo?

—La verdad, señora princesa, la exacta verdad. El señor barón me ha dicho: «Tomo á esta muchacha bajo mi protección. No quiero que se vaya. Es demasiado linda para exponerla...»

—¿Él también la encuentra linda? Pero ¿qué tiene que meterse?... ¡Supongo que habréis resistido!